

Tiempo al tiempo de las lenguas indoeuropeas¹

Xaverio Ballester

Universidad de Valencia. Facultad de Filología
Paseo al Mar, 32. 46010 Valencia
xaverio.ballester@uv.es

Data de recepción: 8/3/2002

Resumen

El tiempo verbal es una categoría bien lábil, sobre todo si la comparamos con el aspecto verbal, pues es obvio que para el hablante resulta más sencillo presentar una acción o estado como indeterminados (aspecto imperfectivo) o como determinados (aspecto perfectivo) que asociarlos al tiempo. Además, el tiempo verbal puede ser absoluto (pasado, presente, futuro) o relativo (anterior, simultáneo, posterior), constituyendo este doble eje temporal una complicación adicional para los hablantes. Desde una perspectiva histórica y tipológica parece evidente que el tiempo verbal emergió como una derivación metafórica del aspecto y ello probablemente en todos los grupos lingüísticos, incluido el indoeuropeo. Examinar cómo pudo verificarse en el ámbito indoeuropeo esa reciente adquisición del tiempo verbal es el objetivo principal de este trabajo.

Palabras clave: tiempo, lingüística, indoeuropeo.

Abstract. *Time and Tense in the Indo-European Languages*

Verbal time is a volatile category, especially in comparison with verbal aspect, since it is obviously easier for the speaker to present an action or state as indefinite (imperfective aspect) or definite (perfective aspect) than to relate actions or states to time. Verbal time may be absolute (past, present, future) or relative (anterior, simultaneous, posterior) as well. This double axis causes additional complications for the speaker. From a historical and typological point of view it seems clear that verbal time was a metaphorical deviation of aspect probably in all linguistic groups. This is the case for the Indo-European languages too. Verbal time was a recent acquisition in the Indo-European languages and examining the way this acquisition took place is the main aim of this paper.

Key words: Tense, Linguistics, Indo-European.

1. El presente texto recoge, adaptada para su exposición escrita, la conferencia «El Tiempo en la Evolución de las Lenguas Indoeuropeas» pronunciada en el Servicio de Formación Permanente de la Universidad de Valencia el 3 de abril del 2001 dentro del ciclo «La Idea del Tiempo en el Mundo Clásico» en las XVI Jornadas de Estudios Clásicos.

Sumario

Lo reciente de la categoría del tiempo (casi pleonásticamente verbal)	La autonomía perdida o la morfologización
Composición y perifrasis	El <i>benjamín</i> futuro: ¿tiempo o modo?
El desplazamiento semántico	Tiempo verbal, tiempo excepcionalmente nominal
Del aspecto (/espacio) al tiempo	La idea que nos hizo humanos
Pero y de dónde el aspecto	La idea del tiempo en las sociedades primitivas
Tiempo infinito, tiempo indefinido	Bibliografía
Empezando a cronometrar: importancia del pasado	

Y la arrogancia de Bátuškov me asquea / pues cuando le preguntaron
qué hora era, / él a los curiosos respondió: ¡La eternidad!²

Osip Mandel'stam

Hay general acuerdo en creer, incluso desde los postulados de la lingüística histórica y comparativa más tradicional³, que la categoría —o como se quiera llamar— de tiempo es asunto reciente para las lenguas indoeuropeas, aun hoy el conjunto de lenguas mejor conocido y más estudiado, una situación ésta que —conviene anticipar— resulta en buena medida probable para otros muchos conjuntos lingüísticos, verosímilmente para todos ellos. Nos parece así que se impondría ahora al menos una primaria y capital consecuencia de tal postulado, a saber, si el *ᾠμα* griego, si el *uerbum* latino, la palabra por antonomasia —la hipercategoría gramatical que en tantas lenguas suele concentrar el mayor número de categorías (voz, aspecto, modo, número, persona, género...)— no presentaba originariamente en ese conjunto de lenguas marca morfológica alguna para el tiempo, en la más moderada de las interpretaciones ello debe significar que el tiempo fue una noción menos importante, menos necesaria, menos perentoria para el verbo-palabra entre aquellos primitivos o al menos primóginos hablantes de las más prístinas lenguas indoeuropeas. Antes de entrar en otros detalles, quizá convenga dejar definitivamente establecido el carácter reciente de la categoría del tiempo, lo que adicionalmente ampliará nuestra panorámica del asunto.

2. «I Batjuškova mne protivna spes': / Kotoryj čas, ego sprosili zdes', / A on otvetil ljubopytnym: večnost'!».
3. Significativamente Ernout (*Morphologie...*, 114): «Comme on le sait, l'expression de l'idée de temps [...] est une création relativement récente [...] Ce qu'indiquaient les divers thèmes verbaux de l'indo-européen, c'est l'action ou le procès considéré dans sa durée (présent), ou sans considération de durée (aoriste), ou dans son achèvement (parfait)».

Lo reciente de la categoría del tiempo (casi pleonásticamente verbal)

Una primera buena prueba de lo reciente del tiempo es su general ausencia en el modo más antiguo que podemos reconstruir, en el imperativo⁴, ya que las marcas de aspecto y tiempo son frecuentemente omitidas en los imperativos (Whaley, *Introduction...*, 235). La existencia de dos imperativos en latín, los denominados de *presente* y de *futuro*, este último claramente secundario, supone un hecho tipológicamente llamativo y conspicuo, aunque no sin parangón. Como —e insistiremos en ello las veces necesarias— la lengua es sobre todo adaptación al medio, el imperativo de futuro debe responder a exigencias de una sociedad concreta y de la que la lengua es principalísimo instrumento; al respecto la existencia, también llamativa y conspicua, en Roma de un derecho tan desarrollado sugiere que muy bien pudo ser ésta la razón del surgimiento de imperativos de futuro como elementos necesarios o al menos cómodos para indicar la validez de una orden, positiva o negativa, de cumplimiento no inmediato y no puntual, sino permanente y reiterado⁵.

De hecho el carácter si no moderno, sí secundario del tiempo verbal podría quedar también refrendado por su logicísima limitación a modos determinados, pues ¿qué tiempo, por ejemplo, podría decirse presenta el condicional español o, como acabamos de ver, tantos imperativos? El conjunto urálico es, como de costumbre y máxime para el caso indoeuropeo, especialmente ilustrativo; resulta así que en esas lenguas encontramos frecuentes restricciones para la categoría del tiempo o, para ser más exactos, incompatibilidades entre tal categoría y la del modo. Verbigracia en morduoano, lengua que distinguiría al menos los modos de indicativo, condicional, conjuntivo, desiderativo, optativo e imperativo, «Tense is distinguished in only two of the moods, the indicative and the conditional» (Zaicz, *The Uralic...*, 198). En húngaro subjuntivo y condicional son neutros respecto al tiempo, ya que los dos tiempos, pretérito y no pretérito, sólo se dan en indicativo (Abondolo, *The Uralic...*, 446 s.). En finés las formas verbales negativas no presentan tiempo ni modo (Abondolo, *The Uralic...*, 172). En selcupio, que presentaría auditivo, condicional, debitivo, imperativo, optativo, subjuntivo, indicativo e inferencial, el tiempo sólo se distingue en estos dos últimos modos (Helimski, *The Uralic...*, 172). Incluso encontramos también incompatibilidades del tiempo con la categoría de persona. Así en ziriano, una de las dos principales lenguas permianas, «The perfect (auditive, narrative) is used only in second and third persons and the future is restricted to the third person» (Riese, *The Uralic...*, 271). Se trata de restricciones comprensibles, ya que puede haber aspectos, modos o tiempos mal compatibles con algunas personas; quizá tal circunstancia pudiere explicar también por qué en latín las formas singulares del *perfectum* presentan la misma desinencia para III persona que las de *inflectum*, mientras que se distinguen para las otras personas (perf. *-ī, -isti*).

4. Uno ya de nuestros tópicos favoritos y que aquí no es preciso desarrollar, ya que sobre el que hemos venido insistiendo en diversos trabajos desde hace tiempo.
5. Comparable sería la situación del antiguo hebreo bíblico, cuando para expresar una prohibición permanente y general se emplea en *Éxodo 20* el imperfectivo yusivo: *al tiqtol* 'no matarás (nunca)' (Campbell, *Concise...*, 223).

También y como de costumbre, la morfología puede ser la mejor —a menudo la única— piedra de toque a la hora de fundamentar lo reciente de la categoría del tiempo en tantos —decíamos, quizá en todos los— grupos lingüísticos; pues bien, resulta que cuando las marcas de aspecto y tiempo aparecen en una misma lengua, casi siempre la marca de aspecto se sitúa más cerca de la raíz (Whaley, *Introduction...*, 213), situación que podría representarse como raíz - aspecto - tiempo, lo que sugiere claramente una mayor antigüedad del aspecto que del tiempo. Así en la morfología verbal de las lenguas túrcicas la marca de aspecto precede por lo general a la del modo, éste a la del tiempo y ésta a la de persona (Johanson, *Turkic...*, 41). Ilustrativa también la situación de las lenguas del grupo silte donde el aspecto es notado por flexión interna de la raíz verbal, mientras que para notar el tiempo se emplean afijos o formas auxiliares (Gutt, *The Semitic...*, 519), obviamente un procedimiento en casi todos los casos indicativo de una menor antigüedad que la flexión interna. Parecidamente en los perfectos afirmativos del malto la estructura general consiste en raíz - aspecto - tiempo - persona (Steever, *The Dravidian...*, 375). Según Whaley (*Introduction...*, 213) tal posición (amiento de mayor proximidad entre raíz y aspecto) podría además estar bien motivado: «This ordering is iconic in that aspect indicates information specifically about the nature of the verb, whereas tense has an entire proposition in its scope [...] although tense is commonly a verbal category, it is really supplying information about the entire sentence [...] Because aspect is semantically more tightly associated with the verb, it is formally closer as well».

Lo reciente del tiempo verbal podría quedar también apuntalado por el hecho de que muchas lenguas simplemente desconocen tal categoría, como el ainú⁶, camboyano, chino, javanés, laosiano o vietnamita. El ejmer, por ejemplo, precisa el tiempo, cuando lo requieren las necesidades del discurso, mediante formas significando ‘ahora, ayer, hoy, mañana...’ (Sacher-Phan, *Lehrbuch...*, 138). En indonesio el pasado se indica con la precisa referencia temporal (‘ayer, la última semana...’), el equivalente a nuestro perfecto con formas significando ‘ya’, mientras que el futuro es indicado por formas con las nociones de ‘querer’, ‘desear’ o ‘poder’ (Kwee, *Indonesian...*, 30 s.). En tailandés *le:w* ‘y entonces’ se usa para indicar aspecto perfectivo. Asimismo el cámbera «has no tense marking. The time reference [...] may be formally unspecified when it is determined by the context. It may also be specified using temporal adverbs such as *kàli* ‘usually’ or sentential adverbs like *nàhu* ‘now’, *kawai* ‘just now’ or *haromu* ‘tomorrow, later’» (Klamer, *A Grammar...*, 317). En suma, cuando la idea del tiempo no aparece morfologizada —normalmente en el verbo— en una lengua dada, es decir, cuando no tenemos una categoría gramatical de tiempo, el léxico suele constituir su principal indicador.

Indicativo puede también resultar al respecto el abundante empleo de giros perifrásticos para marcar tiempos⁷ y ello incluso en lenguas que organizan su sis-

6. Refsing, *The Ainu...*, 39, 46 y 191. Pero el ainú sí dispondría de aspecto (ibidem 192-7).

7. Y también para marcar aspectos y sobre todo modos y voces, diferenciándose las categorías a veces más por las nociones semánticas implicadas que por los procedimientos en sí. En teoría,

tema verbal en torno al parámetro temporal. En cambio, aquellas lenguas que organizan el sistema verbal en torno al parámetro aspectual, no suelen hacer tamaño uso de giros perifrásticos. Resulta, por ejemplo, frecuentísimo el uso de ‘ser’ y ‘devenir’ o ‘haber, tener’ como auxiliares en prácticamente todas las *temporales* lenguas indoeuropeas y europeas en general (vascuence)⁸. Baste, pues, mencionar el empleo de formas —o derivados de formas— asimilables a nuestro ‘ser’ como componentes de perífrasis temporales en amárico, dumio (Van Driem, *A Grammar of Dumi...*, 238) o limbu (Van Driem, *A Grammar of Limbu...*, 163); o, en otro orden, el empleo en valenciano de formas de un mismo verbo, ‘ir’, pueden curiosa y, en una perspectiva sincrónica⁹, hasta paradójicamente formar tiempos y de pretérito (*vaig parlar* ‘hablé’) y de futuro (*vaig a parlar* ‘voy a hablar’). Más raramente se encuentra —o, más exactamente, resulta aún reconocible— la noción de ‘hacer’ en estos casos, aun así se constata en ámbitos iraníes, como el jotanio (Reczek, *Języki...*, 157) y pasto (Skalmowski, *Języki...*, 188), y célticos, como el bretón, o germánico, como en el inglés para el, fuera del ámbito indoeuropeo, tan común modo negativo¹⁰. También relativamente raro es el empleo de la noción de ‘venir’, empleo que, no obstante, encontramos, por ejemplo, en italiano o cachemiro para perífrasis indicando la acepción pasiva. Incluso el verbo para ‘sentar(se)’ puede —como indirectamente en algunas lenguas latinas de la Península Ibérica al integrarse en el paradigma conjugacional de ‘ser’ (español *sé, sea, ser, siendo*; portugués *sê, sejam, sendo, ser...*)— conformar auxiliares, así en paracho (Skalmowski, *Języki...*, 182), algo explicable por el común proceso metafórico que puede conducir a ‘quedar(se), estar’ desde ‘sentar(se)’, máxime teniendo en cuenta lo tan frecuente que resulta la existencia de referencias bien concretas en el origen de procesos de morfologización, *id est* de abstracción. Algo semejante, pero más común, sería el empleo de ‘ir’ para pasiva en osetio (Skalmowski, *Języki...*, 205) o en panllabio (Campbell, *Concise...*, 377).

También frecuentísimo el uso de formas nominales (o procedentes de formas nominales) como participios, infinitivos y gerundios para notar tiempos (y también modos y modos de acción) en prácticamente todas las *temporales* lenguas indoeuropeas y en muchas lenguas del mundo. Uso de formas nominales encontramos en pipil (participio en el perfecto; Campbell, *The Pipil...*, 67) y muchas otras lenguas resultando comunísimo, sobre todo en las lenguas indoeuropeas, el

pues, nociones como ‘estar’, ‘ir’ o ‘llevar’ pueden conformar no sólo tiempos, sino también aspectos, modos y voces, si bien, lógicamente, *a priori* unos serán más idóneos que otros.

8. Excepciones serían húngaro, lezgiano, ruso, turco y alguna otra (Rice, *LingTyp*, 1999, 387).
9. Ya que diacrónicamente una serie debe de proceder de formas de pretérito como aún es reconocible en otras personas (*vares parlar* ‘hablaste’ – *vas a parlar* ‘vas a hablar’, *varem parlar* ‘hablamos’ – *anem a parlar* ‘vamos a hablar’...).
10. En efecto, numerosísimas lenguas presentan un modo negativo donde a veces hay —y ello tiene su lógica— neutralización de otras categorías; así, por ejemplo, la neutralización de tiempos en el modo negativo era propio del protodravídico (Steever, *The Dravidian...*, 23; Bhaskararao, *The Dravidian...*, 343) y pervivió en muchas de estas lenguas, verbigracia en el modo negativo (sintético) del tamil (Campbell, *Concise...*, 521, 522), en el cannada (Steever, *The Dravidian...*, 140), gondio (Steever, *The Dravidian...*, 286, 290) o antiguo telugo (Ramanarasimhan, *The Dravidian...*, 200).

empleo de participios pasados (o formas asimilables a este concepto) en la formación perifrástica —*perifrástica* en un sentido muy amplio— de pretéritos.

Y a propósito: si tales construcciones perifrásticas son tan comunes, lo sensato es inquirir hasta qué grado podemos reconocer tal tipo de construcciones en tiempos o en el origen de tiempos del antiguo verbo indoeuropeo, o de los antiguos verbos báltico, céltico, helénico o itálico. En ese sentido resulta aún tipológicamente válida la antigua explicación que ve en el futuro latino *amābō* ‘amaré’ o en el pretérito *amābām* ‘amaba’ compuestos —a la eslava o a la germánica¹¹— sobre la antigua raíz de *fuī* ‘devine’¹². En todo caso, aquí lo esperable son formaciones perifrásticas sobre formas nominales del verbo con verbos auxiliares antes que una sucesión de morfemas-*tampones*, laringalerías u otros cócteles de filólogos. Como tras analizar los parangones modernos para este tipo de construcciones señala Mańczak (*Eos*, 1995, 112) «il est difficile de s’imaginer qu’à l’époque préhistorique des changements se soient produits qui n’aient jamais eu lieu à l’époque historique». E incluso el perfecto *amāuī* ‘amé’ muy bien podría tener un origen perifrástico, constituyendo la raíz latina de *īre* ‘ir’ un buen candidato a conformar el verbo auxiliar.

Cabe así considerar bien probable que la idea del tiempo pudo no constituir —y tanto menos para fases más antiguas— precisamente un criterio básico, un criterio importante para la organización de los verbos indoeuropeos o de otras lenguas. Y de esta escenografía, nos parece, deberían inexcusablemente derivarse otras y, como veremos, importantes consecuencias, consecuencias que no se siguieron en la interpretación tradicional. Una omisión que resulta sorprendente, ya que desde antiguo eran bien conocidos los diseños generales para la morfologización del tiempo en el verbo, procesos por los cuales se integra un cuerpo extraño, un nuevo valor, en el verbo, diseños que en sus líneas maestras no parecen controvertibles consistiendo esencialmente en dos estrategias tan elementales como o bien incorporar y aglutinar o bien derivar una noción de otra, es decir, los habituales composición y desplazamiento semántico. Naturalmente, ambos básicos proceder no se excluyen. Así el quilivila emplea un sistema de cuatro series distintas de prefijos pronominales-personales o prefijos-sujetos para expresar aspecto y tiempo, distinguiendo tales series mucho más aspecto que tiempo, pero «however, a kind of ‘compensation’ for the lack of a more elaborate system of tenses is given adverbially» (Senft, *Kilivila*..., 38).

11. Nos referimos al futuro tipo *devendré tomar* para ‘tomaré, estaré tomando’ (checo *budu brát*; alemán *ich werde nehmen*) o *devendré tomado* para ‘tomaré, estaré tomando’ (polaco *będe brać*). En el cachubo se empleaban ambos tipos (Gerhardt, *Einführung*..., 109) y también en polaco (*będe brać*).
12. Últimamente Mańczak, *Eos* (1995), 109-13. Recientemente Alinei (*Origini*..., 975-8) ha postulado un compuesto —a la románica— con *habere* (**amase-habeo*), propuesta que, aunque con mayor apoyo neolatino, presentaría mayores dificultades fonéticas.

Composición y perífrasis

El sucedáneo léxico de la morfología temporal, sucedáneo, analítico o sintético, de la composición basada en última instancia en el léxico lo encontramos en numerosos conjuntos lingüísticos. Por ejemplo, dentro del ámbito túrcico en uigur es reconocible un derivativo del verbo *yat-* ‘yacer’ como componente de un presente progresivo¹³. Parecidamente en uzbeko los respectivos presentes momentáneo y progresivo «in *-(ä)yap* and *-(ä)yätir* have developed from composite forms with *yät-* ‘lie’ as a descriptive verb» (Boeschoten, *The Turkic...*, 367). Ítem, por ejemplo, en cazajo los verbos auxiliares «are old presents of the verbs *otir-* ‘sit’, *žür-* ‘go’, *žat-* ‘lie’ and *tur-* ‘stand’» (Kirchner, *The Turkic...*, 325). También el uso de participios es expediente comunísimo para formar nuevos tiempos. En las hablas neoarameas las bases flexivas para presente y perfecto son antiguos participios (Jastrow, *The Semitic...*, 343). El tema de pasado en tallico tiene su origen en antiguos participios (pasados) en *-ta*, por lo que siempre termina en *-ta* o en *-d* (Rastorgueva, *A Short...*, 55), de modo que incluso en el detalle fonético es muy parecido al imperfecto inglés, que es (aún) formalmente idéntico al participio pasado. También en muchos verbos alemanes como en otras lenguas germánicas sería reconocible aún la afinidad entre los antiguos participios (pasados) indoeuropeos en dental y los pretéritos (cf. Krahe, *Lingüística...*, 246). Asimismo en hindi el pretérito podría analizarse como un participio perfectivo conjugado¹⁴. Esto sugiere claramente la idea de que algunos pretéritos pudieron originarse en simples participios pasados más (desinencias provenientes de) pronombres personales como **hablado-yo* ‘hablé’, *hablado-tú* ‘hablaste’..., etc., a veces valiendo incluso el simple participio como pretérito para la III persona, así *hablado* para ‘habló’. Significativos al respecto podrían ser hechos como el de que, por ejemplo, la III persona del singular del pretérito indefinido sea idéntica al participio pasado en húngaro (*adott* ‘dio, dado’; Campbell, *Concise...*, 234), el de que en sogdiano para la III persona no aparezca el verbo auxiliar en los pretéritos conformados sobre el participio de pasado (Reczek, *Języki...*, 151), o el de que en pasto la III persona del pretérito continúe directamente los antiguos participios pasados (Skalmowski, *Języki...*, 187), o, por último, el de que la III persona del singular del pretérito perfecto sea también idéntica al participio pasado en macedonio (*rabotel* ‘trabajó, trabajado’). De hecho, para las lenguas eslavas en general es reconstruible un modelo donde un antiguo participio pasado, como el que (aún) vemos en esloveno, tipo *nêsel* ‘cogido’, *nêsla* ‘cogida’, *nêslo* ‘(lo) cogido’ (Rehder, *Einführung...*, 70), acabó uniéndose a pronombres personales (ruso *ja bral* ‘llevaba’) o a otros verbos (checo *bral jsem* ‘llevaba’) para indicar el pretérito. Ello, evidentemente, explicaría la aparición de las *nominales* categorías de género y número en estos pretéritos eslavos, así en polaco *czytałem* ‘(yo) leía’ (masc.), *czytałam* ‘(yo) leía’ (fem.), *czytało* ‘leía’

13. Hahn, *The Turkic...*, 392. El uigur «has developed a rather complex system of tense marking, mostly using compounding rather than simple suffixation. All verbs are inflected in a totally consistent manner».

14. «Perfective participle conjugated as preterite tense» (Campbell, *Concise...*, 228).

(neutr.), *czytały* ‘leían’ (no masc.) etc. En cualquier caso, el empleo de formas participiales si no para formar, al menos sí para conformar tiempos verbales es evidente en las lenguas bálticas, germánicas, eslavas o latinas (incluyendo el antiguo latín).

Una buena prueba de la eficacia de las fórmulas de composición está, como ha quedado sugerido, en la reincidencia morfológica, ya que podemos constatar no sólo históricamente sino también en la actualidad la emergencia de nuevos tiempos mediando el común procedimiento de composición \Rightarrow fusión, así, por ejemplo, en los dialectos árabes «As the imperfect indicates an aspect rather than a tense, some dialects have developed time particles. For the future these are: *raah*, *raayih*, *ha-* (< ‘going’) in Cairene and Syro-Palestinian dialects, *di-*, *d-* in Iraqi, *b-*, *bba-*, *bbi-*, *yabi-* (< ‘want’) (and its inflection) in some Arabian, Yemenite and Libyan dialects, and *ya*, *yadi* (< ‘going’) in Moroccan, while ‘*am-*, ‘*ammaal* (< ‘working’) in the Syrian-Lebanese-Palestinian area and *taw* (< ‘immediately’) in the Maghreb denote the present progressive» (Kaye-Rosenhouse, *The Semitic...*, 304). Además podemos anticipar que de modo general para el futuro está abundantísima y reincidentemente documentada la composición.

El desplazamiento semántico

En las lenguas sin la categoría de tiempo la indicación del tiempo también puede, como dijimos, presentarse como un aditamento, como un alomorfo en origen redundante de otras categorías, sobre todo del aspecto o a veces, como en birmano¹⁵, incluso de afijos modales. Ya también la lingüística indoeuropea tradicional acertó muy probablemente en la detección —y precoz— del origen, por desplazamiento semántico, del tiempo verbal: en numerosos casos perfectamente verificables el aspecto verbal —es decir, el carácter determinado o no del verbo¹⁶, lo que en última instancia no es más que una manifestación de la epidixis— generó de modo gradual la idea del tiempo, así que en estos casos simplemente el valor aspectual se transfiguró en valor temporal, y el tiempo heredó sin más o en principio con pocos ajustes la morfología del antiguo aspecto. Obviamente y en razón mismo de su gradualismo resultan habitualmente porosas las líneas fronterizas entre (aspecto) transformante y (tiempo) transformado. «Tense and aspect are easily confused because they both specify the temporal characteristics of an event. Consequently, one frequently finds aspectual morphology functioning as a tense marker», dice bien Whaley (*Introduction...*, 212). En el ámbito de las lenguas semíticas constituye un tópico inveterado la controversia entre quienes ven más práctico el análisis

15. «In Burmese, there is no specific morpheme (or morphemes) that is dedicated to marking past, present, or future tense. Rather, time adverbials are used in conjunction with modal affixes» (Whaley, *Introduction...*, 206).

16. Tal la tesis principal de la obra de Leiss, *Artikel...*, donde equipara artículo y aspecto como marcadores nominal y verbal respectivamente del *perceptum* de determinación. Leiss (ibidem 281) sugiere que anáfora y tiempo podrían ser también marcadores (pro)nominal y verbal respectivamente de algún otro básico concepto (posiblemente ubicación, espacio, posición...), pero los fóricos y relativos cuadrarían en todo caso más al tiempo relativo (anterioridad, simultaneidad, posterioridad) que al tiempo absoluto.

del verbo semítico por aspectos y quienes por tiempo (Hetzron, *The Semitic...*, xv s.). Al menos en antiguo hebreo «The complexity of the tense/aspect system is due, in part, to the fact that it was constantly in flux» (Steiner, *The Semitic...*, 158).

Tal desplazamiento del aspecto al tiempo es un proceso reincente en muchas lenguas¹⁷ y, desde luego, perfectamente documentable en el ámbito indoeuropeo tanto actual como pretérito. Con pocas dudas las lenguas indoeuropeas proceden de un sistema donde la relevancia morfológica del aspecto verbal era mayor y, muy probablemente, anterior a la aparición del tiempo. Ello se desprendería también del hecho de que históricamente constatamos la emergencia del tiempo en detrimento del aspecto y se desprende de la inexistencia del tiempo verbal incluso en algunas lenguas indoeuropeas o, al menos, de su subordinación al aspecto. En griego clásico el aspecto verbal era (aún) claramente operativo, pero lo es mucho menos en el griego moderno. En latín el aspecto es claramente un resto, quedando morfológicamente distinguible apenas en la oposición entre pretérito perfecto e imperfecto entre otros muchos vestigios ya no operativos morfológicamente, de modo que en el verbo latino todo lo rastreable como más antiguo (irregular, defectivo...) «huele», si se permite la metáfora, a aspecto, esto es, resulta interpretable sin gran dificultad como restos de una fase, casi completamente extinta, donde el aspecto era lo morfológico. Las lenguas eslavas en general serían aún hoy un buen ejemplo de aquella situación donde, aunque el aspecto —y no el tiempo— siga siendo el eje vertebrador, éste es traducible en términos temporales, es decir, adicional o colateralmente el aspecto comporta significación temporal. Diacrónicamente esta situación, donde el tiempo, como diríamos en términos fonológicos, aparece como un rasgo redundante del aspecto, podría presentarse como aquella ideal situación previa para el traspaso de poderes, para un trasvase o trasiego de morfología. El proceso de morfologización de aquel elemento en principio redundante, de aquella *quasi* alomorfa, sería bastante análogo al proceso de fonematización de alofonas. En cualquier caso, parece legítimo concluir que por desplazamiento semántico la categoría del tiempo básicamente —casi exclusivamente— se originó desde la categoría del aspecto. Podría decirse que así como incluso el reloj que no funciona desde hace años, acaba dando la hora exacta al menos una vez al día, era inevitable que el aspecto se *sincronizara* con el tiempo al menos en algún momento.

Del aspecto (/espacio) al tiempo

Ahora bien, ¿en qué concreta dimensión temporal se morfologizó como tiempo el aspecto? Responderemos que a menudo fue la propia semántica del verbo la que en principio determinó temporalmente un aspecto, tal como, incluso en lenguas

17. Leiss (*Artikel...*, 261): «Doch auch hier gilt die Regel, daß mit der hochfrequenten und übergeneralisierenden Nutzung des Aspekts für temporale Aufgaben die aspektuelle Funktion zunehmend zurückgedrängt wird und einer Erosion unterliegt. Gleichzeitig findet der Aufbau der temporalen Funktion statt. Aus Aspekt wird Tempus, ein Prozeß, der sich im Laufe der Sprachgeschichte regelmäßig wiederholt».

que podemos considerar no sólo sin la categoría de tiempo, sino también sin la categoría de aspecto, el contenido semántico resultó decisivo. Así, en mapuche la forma verbal básica, no marcada, es interpretada por lo general como pasado con nociones dinámicas y como presente con nociones no dinámicas (*akun* 'llegué' - *nien* 'tengo'). Dada la *adfinitās* innegable —creída pero no practicada por los tradicionalistas— entre las lenguas indoeuropeas y las urálicas, dado además el carácter conservador de éstas, puede resultar otra vez especialmente ilustrativa la consideración de este conjunto lingüístico. Así en lo referente al cambio semántico de aspecto a tiempo, se postula que en protourálico «the original tense system may have been one similar to that found in Samoyedic, where the lexical, i.e., intrinsic, aspect of verb roots determines the semantic force of their finite forms. Thus an inherently non-perfective, stative verb such as 'lives' normally had present or non-past meanings, while a verb such as 'dies', with inherent punctual, perfective aspect, normally had past-tense meaning. Modifications to the basic temporal setting of a given verb were effected by means of derivational suffixes» (Abondolo, *The Uralic...*, 27). Parecidamente, en nénece la III persona del aoristo de un verbo de intrínseco aspecto continuo como 'vivir' se interpreta como 'vive' (*yilye*) y la III persona del aoristo de un verbo de intrínseco aspecto momentáneo como 'morir' se interpreta como 'muere' (*xa*°; Janhunen, *The Uralic...*, 472). En otro orden, la situación recuerda algo a la del lituano, donde, aunque los verbos perfectivos se caracterizan por presentarse prefijados, los sin prefijos *gimti* 'nacer' y *mūti* 'morir' son perfectivos. Las lenguas no siempre son lógicas, pero casi siempre son económicas. Similarmente en selcupio «The *present tense* renders the meaning of 'present perfect' with perfective verbs and that of 'present continuous' with imperfective ones: the verb *qo-* 'to find' is intrinsically (lexically) perfective, so *qoŋal* means 'you have found it (just now, and what has been found is at your disposal)' whereas the corresponding present-tense form of the intrinsically imperfective verb *pee-* 'to search for', *peeŋal*, means 'you are searching for it'» (Helimski, *The Uralic...*, 566).

Sobre el limbu comenta Van Driem (*A Grammar...*, 89): «Verbs of perception are telic statives and take the preterit when their English translations requires a present tense. The choice of tense in Limbu is contingent upon the moment of perception», de modo que *limde* será 'sabe dulce' o 'sabía dulce'. Tratar los procesos de percepción como algo naturalmente resultativo o perfectivo tiene su lógica y lingüísticamente parece bien representado, así en latín un verbo de percepción como *nōuī* tiene significado temporal de presente 'sé', situación comparable a los *presentes* para 'sé' de otras lenguas indoeuropeas y significando literalmente 'tengo visto' como gótico *wait*, griego *οἶδα* o sánscrito *vēda*.

En muchas lenguas, desde luego, lo perfectivo se asocia primordialmente al pasado. En el complejo verbo navajo para el presente —y a veces para el futuro o la simultaneidad (Rice, *LingTyp*, 1999, 395)— se utiliza el imperfectivo y para el pretérito se usa el perfectivo (Cambpell, *Concise...*, 519). En las lenguas del grupo silte «Each verb has three stem forms: perfective, imperfective and a third one not marked for aspect, the non-aspectual stem. The perfective stem is used to form a simple past, present perfect and past perfect tenses, the imperfective stem for the formation of the present/future and past-imperfective tenses; the non-aspectual stem

serves for the infinitive and the imperative» (Gutt, *The Semitic...*, 519). El tema de pasado en tallico refiérese a una acción concluida *ergo* de pretérito, y el tema de presente a una acción inconclusa *ergo* de presente o futuro (Rastorgueva, *A Short...*, 55). En antiguo hebreo el perfectivo suele equivaler a pretérito y el imperfectivo a presente y futuro. En hausa con aspecto completivo (= perfectivo) «In the absence of contextual evidence to the contrary [...] it is usually possible to assume that the reference is to a point in time in the past» (Kraft-Kirk, *Hausa*, 36), mientras que cuando tenemos aspecto continuativo (= imperfectivo) «This process may occur in present, past or future time as indicated by the context. In the absence of contextual evidence to the contrary, however, it is usually possible to assume that the reference is to a process involving present (rather than past or future) time» (Kraft-Kirk, *Hausa*, 93). En mixteco el aspecto perfectivo es frecuentemente conceptualizado como pretérito y el imperfectivo como presente (Whaley, *Introduction...*, 212).

Aparentemente, pues, resulta tipológicamente menos frecuente la situación eslava, donde lo perfectivo parece asociarse primordialmente al futuro, ya que en el modelo eslavo general (bielorruso, polaco, ruso...) los presentes perfectivos indican futuro. Esta aparente excepcionalidad quedaría explicada si consideramos lo reciente de la acepción futura (*uide infra*), de modo que si originariamente del imperfectivo se hubiera derivado el presente, del perfectivo se habría derivado, de modo natural, el pasado. Por otra parte, no debe olvidarse que los presentes perfectivos en principio no tienen significación futura en lenguas eslavas como el esloveno (Rehder, *Einführung...*, 68) o serbocroata (Rehder, *Einführung...*, 53).

El paso, por tanto, del aspecto al tiempo, que, aunque menos transparentemente, también no es más que una manifestación de la epidixis¹⁸, no resulta para nada problemática. En esencia locuciones como *ayer*, *hoy* o *mañana*, *ahora* o *nunca* son tan epidícticas como *aquí* o *allí*, como *este*, *ese* o *aquel*, o tal como, en otro orden, en boumaa fijiano *totolo* ‘rápido’ significa —o, para nosotros, acabó significando— también (y quizá originalmente) ‘temprano’ (Dixon, *A Grammar...*, 167).

El paso desde el aspecto al tiempo es, en esencia, el paso del espacio al tiempo, ya que el aspecto significa determinación, y la determinación, decíamos, es epidixis, demostratividad, es, en suma, también espacio. El origen espacial —en última instancia, local— de la idea del tiempo en muchas lenguas quedaría sugerido por casos como el del tauya, donde un buen número de nombres referidos al tiempos son inherentemente locativos y no se presentan en otros casos (MacDonald, *A Grammar...*, 104), son, pues, comparables a esos adverbios en diferentes lenguas indoeuropeas con significado temporal para los que es aún reconocible un origen en un locativo fosilizado, tal sería probablemente, por ejemplo, el caso del latín en *diū noctūque* ‘de día y de noche’.

18. «Tense is considered to be a type of deixis [...] the category of tense is deictic because to interpret it one must have a context», bien Whaley (*Introduction...*, 205).

En cualquier caso, ha de recalcarse la prioridad en términos (pro)históricos del aspecto, que se muestra como una categoría más resistente y más extendida que el tiempo o el modo, como una categoría antes dominada por los niños cuando aprenden a hablar¹⁹. También los criollos, como de costumbre, resultan especialmente ilustrativos de los elementos primarios —y probablemente también primeros— de las lenguas, ya que en igualdad de condiciones se da también en aquellos prioridad del aspecto sobre el tiempo o el modo (Leiss, *Artikel...*, 232, 243).

Creemos que no hace falta insistir, del aspecto se pasó al tiempo, pues, en definitiva, el espacio es nuestra primaria metáfora del tiempo (suponiendo, claro es, que el tiempo sea algo más que una metáfora). Al menos en los verbos perfectivos está metafóricamente implícita la marca de distancia temporal al precisar un hecho en el espacio[–tiempo] (Leiss, *Artikel...*, 78), distancia que, como vimos, suele asociarse al pretérito.

Pero y de dónde el aspecto

Mas quizá aún podamos y debamos ir más allá e inquirimos de dónde a su vez procede el aspecto, máxime si queremos sostener que todo tiene en principio su origen en algo concreto, tal como, por poner un ejemplo oportuno, en hausa el equivalente a nuestra locución horaria *en punto* y que significa literalmente ‘metal’ (*ƙarfɛ*), procede del hábito de hacer sonar a las horas en punto la cacerola o algún otro metal colgado delante de la comisaría de turno (Kraft-Kirk, *Hausa*, 216). Debemos, por tanto, suponer que no sólo el léxico, sino que incluso lo más morfológico (como *encima* de *en [la] cima de*) tiene una buena y concreta motivación, es semánticamente transparente de origen, siendo una cuestión distinta la de si concretamente podremos acceder o no a su motivación y transparencia originarias. Debemos, pues, también preguntarnos dónde en última instancia podría motivarse el aspecto y adicionalmente intentar explicar sus mayores importancia y antigüedad que una idea para nosotros actualmente tan importante como la del tiempo.

En más de un lugar hemos llamado la atención sobre ese gran tesoro morfológico, como *hombre para todas las estaciones*, que constituyen los demostrativos, de modo que uno de nuestros tópicos favoritos es el de la extraordinaria capacidad de los demostrativos para generar variadísima morfología, esto es, sus enormes posibilidades para la poligramaticalización²⁰. Ya mencionamos la importancia de la noción espacial para el aspecto, pues bien, quizá nada haya en las lenguas más espacial que los demostrativos, por lo que la transferencia de demostrativos a adverbios temporales constituye otro refrendo de la hipótesis aspecto >>> tiempo. «Time is an abstract concept that is often metaphorically structured in spatial terms» dice Diessel (*LingTyp*, 1999, 30), y consecuentemente «Mapping spatial expressions onto the temporal dimension provides a common historical source for the development of temporal markers» (Diessel, *LingTyp*, 1999, 30 s). Parece seguro que

19. Leiss, *Artikel...*, 227, 233, 243 secundando a Bybee, *Morphology...*, Stephany, *Aspekt...*, y otros.

20. Resumida y buena exposición sobre la cuestión en Diessel, *LingTyp* (1999), 1-49.

formas como las latinas *tum*, *tunc*²¹ ‘entonces’ o inglesa *then* ‘entonces’ son de origen demostrativo como lo sería nuestro *en esto* (cf. el paralelo polaco *wtedy* ‘entonces’). De hecho, resulta poco frecuente que una lengua emplee indicaciones temporales totalmente independientes y distintas de los demostrativos (Anderson-Keenan, *Language...*, 298); lo normal es que existan buenas correlaciones entre indicaciones temporales y demostrativos, como ilustraría este ejemplo del güicomucano tomado de Anderson y Keenan (*Language...*, 298):

<i>inman</i>	‘aquí’	‘ahora mismo’
<i>inpal</i>	‘desde aquí’	‘desde ahora’
<i>anpal</i>	‘desde allí’	‘desde aquel momento’
<i>anman</i>	‘cerca de aquí’	‘a estas horas’
<i>nanpal</i>	‘desde ahí’	‘desde ese momento’
<i>nanman</i>	‘ahí’	‘en el presente’

El sistema de notar el aspecto del hausa es, en una perspectiva multilingüística, bastante original²², ya que claramente su marca no se asocia con el verbo, sino con el pronombre personal, en hausa «the *aspect* (termed *aspect* rather than *tense* since it denotes kind of action rather than time of action) of verbs is shown by changes in the person-aspect pronoun, not in the verb itself. This precedes the verb»²³, de modo que los diferentes aspectos utilizan diversos pronombres personales (distintos al menos en tono) y consecuentemente todo verbo debe ir precedido de un pronombre personal-aspectual, independientemente de si hay ya o no un nombre como sujeto (Kraft-Kirk, *Hausa*, 37), así *Audù yā zō* ‘Audu ha venido’ contendría literalmente la secuencia ‘Audu - él...’. Una posible y al menos compacta explicación de todas estas curiosas circunstancias consistiría en postular que tales pronombres marcadores de aspecto tienen su origen en antiguas formas demostrativas, ya que, al fin y al cabo, el origen de muchos pronombres en antiguos demostrativos es un fenómeno común y excelentemente documentado (baste mencionar latín *ille* > *él*)²⁴. De modo que tal como ‘éste’ se convirtió en un ‘él’ y, por ejemplo, un ‘Audu este venir’ debió de convertirse en un ‘Audu él venir’, también un ‘Audu este venir’ pudo indicar un ‘Audu viene’ y un ‘Audu aquel venir’ pudo indicar un ‘Audu vino’. En favor de esta hipótesis está la aún visible similitud entre pronombres personales y demostrativos en hausa, así por ejemplo el de III persona femenina *tā* se deja relacionar sin problemas con el segundo elemento del compuesto *wata* ‘una’ y con el *ta* que marca el complemento nominal de un nombre femenino (*rīgā ta Garbà* ‘la toga de Garba’), lo que congruentemente se deja-

21. De temas demostrativos deben de proceder también las temporales formas latinas *dum* ‘mientras, hasta’ o *nunc* ‘ahora’.
22. Aunque no sin afines: similar sería el sistema del tauya, lengua donde una serie desinencial es empleada para notar el aoristo y otra serie para el futuro (MacDonald, *A Grammar...*, 18 s, 224); también en navajo presente y pasado tienen distintas series pronominales (Campbell, *Concise...*, 357).
23. Kraft-Kirk, *Hausa*, 36. Véase también Malherbe, *Les langages...*, 62, 286.
24. Para la gramaticalización de los demostrativos como pronombres de III persona véase Diessel, *LingTyp* (1999), 21.

ría explicar como un común proceso de *izafatismo* ('toga esta/la Garba'). Una situación similar a la que podemos proponer para el hausa se daría además en cha-gatay, donde «The personal pronouns may, in cliticised form, be used as copula suffixes with present meaning [...] No copula is required in the third person [...] the use of demonstrative pronoun *ol* as a copula became largely obsolete in the Kwarezmian Turkic period» (Boeschoten-Vandamme, *The Turkic...*, 171). Esto es bastante similar a la situación del moderno hebreo, donde el demostrativo ha acabado conformando la cópula (Diessel, *LingTyp*, 1999, 34). Aún en pasto la III persona del presente de 'ser' es remontable al antiguo demostrativo **aita-* (Skalmowski, *Języki...*, 188) y aún también serían reconocibles antiguos demostrativos en los elementos *d-* de los presentes copulativos del osetio (Skalmowski, *Języki...*, 204) y *-χ* del yagnobio (Skalmowski, *Języki...*, 209). Algo muy parecido hemos propuesto nosotros para el verbo 'ser' indoeuropeo, a saber, su raíz se originaría en formas demostrativas a las que se unirían las pertinentes desinencias personales, esto es, propiamente no existiría un verbo 'ser' en indoeuropeo²⁵, tal como tampoco en muchas otras lenguas. Ahora bien, si un demostrativo ha podido generar un tiempo como el presente para 'ser' en algunas lenguas, ¿por qué una serie de demostrativos no habría podido generar también una serie aspectual (o temporal) en alguna lengua?

La originalidad del hausa sería, por tanto, muy relativa. Como muchas otras lenguas habría procedido a las habituales transferencias desde demostrativos a pronombres personales y además, como proponemos, desde demostrativos a aspectos, lo más insólito sería el haber aunado ambos procesos y además —y por motivos muy probablemente relacionados con el propio devenir interno de la lengua— haber realizado la segunda transferencia no en composición con una raíz verbal sino con el mismo (pro)nombre. Es, pues, posible que los demostrativos hayan sido capaces de generar también morfemas de aspecto (*ergo* secundariamente de tiempos) en algunas lenguas.

Tiempo infinito, tiempo indefinido

La inexistencia de la categoría de tiempo en las más antiguas fases de las lenguas indoeuropeas sugiere primeramente un estadio más antiguo, donde el tiempo simplemente no era expresado. La lingüística indoeuropea tradicional normalmente no ha ido más allá de esta frontera, aunque, séase por la lógica de los argumentos, se imponía la verificación de un ulterior e inevitable considerando: antes de una total equiparación entre pertinentes aspectos y redundantes tiempos a la esclava, habría teóricamente muy bien podido darse una situación donde el aspecto no presentara concomitantemente tiempo alguno. Sorprendente resulta que no se siguiera, al menos de modo general, el rastro de tan inevitable pista, cuando además se contaba, al menos en lo denominativo, con una ayuda tan buena como es el térmi-

25. Buena crítica a la concepción tradicionalista sobre el origen morfológico del verbo 'ser' en indoeuropeo en Mańczak, *StudIndLodz* (1998), 83-91.

no verbal griego de aoristo (ἀόριστος) o ‘indefinido, ilimitado, sin límite de tiempo’, como ese arconte del que nos habla Aristóteles en su *Política* (3,1,6: ἀόριστος ἄρχων). Y siguiendo tal línea argumental no cabe sino considerar como lo más originario el aoristo, el no tiempo, el verbo sin tiempo, sin directa traducción temporal, e incluso a veces sin aspecto. En samoyédico el aoristo «may be defined as a temporally ambivalent category referring to either on-going or completed action depending on the intrinsic aspectual content of the verb» (Janhunen, *The Uralic...*, 472). En nénece se presentan sólo dos tiempos: el aoristo, que no presenta marca, y el pretérito, marcado por sufijación; en los verbos momentáneos el aoristo de indicativo expresa pasado inmediato y el pretérito de indicativo expresa pasado remoto²⁶, y en los verbos continuos, el aoristo de indicativo expresa presente y el pretérito de indicativo expresa simple pasado²⁷.

De modo general puede decirse que presente o pretérito han heredado, por así decir, el antiguo aoristo, es decir el antiguo verbo (y en el indicativo) sin tiempo. Pero el aoristo, como originariamente sin tiempo, puede acabar también refiriéndose al futuro (aunque estadísticamente esto sea menos probable, dado que el tiempo suele, como veremos, escorarse hacia el pasado). Así en chagatay el denominado *aoristo* es un tiempo presente muy general utilizado también con significados modales o en referencia al futuro (Boeschoten-Vandamme, *The Turkic...*, 172). La situación era bien similar a la del antiguo turco donde al aoristo era empleado para el presente pero también «in timeless statements or for future reference» (Erdal, *The Turkic...*, 146), o la del quipchaque medio, donde «A general present which can also refer to foreseen events is formed with the aorist stem» (Árpád, *The Turkic...*, 163), o la del azerbaijano, donde «The aorist in -(y)Ar, the former present, signals disposition and may be interpreted in terms of habituality and future reference» (Schönig, *The Turkic...*, 254), o del tártaro, donde «The aorist [...] denotes events tending or foreseen to take place» (Árpád, *The Turkic...*, 293), o la de las hablas quipchaques occidentales, donde «The aorist expresses tendency or willingness and is thus also used prospectively to refer to possible future events, often expressing uncertainty about their accomplishment» (Árpád, *The Turkic...*, 311).

Claro que si el aoristo es el no-tiempo, es también el *semper et per saecula saeculorum*, es también entonces la eternidad. En soto septentrional el denominado *tiempo imperfecto* es asimilable a nuestro occidental aoristo, como se ve en uno de los cuatro *aspectos* en los que suelen desglosarlo las descripciones, el denomi-

26. Aprovechemos para comentar que esta distinción entre ambos pretéritos es muy común y, por tanto, su emergencia, diríase, *natural*. Así en el español de Valencia de modo general el pretérito perfecto expresa pasado inmediato (*he visto una película*, se sobreentiende que hoy, ayer o hace poco tiempo) y el indefinido expresa pasado remoto (*vi una película*, se sobreentiende que hace tiempo y no recientemente).
27. Salminen, *The Uralic...*, 531. Se trata además de un excelente testimonio para otros dos aspectos aquí tratados: el de la asociación entre lo perfectivo y lo pretérito (*vide supra*) y el de la importancia del pasado (*vide infra*). Adicionalmente diremos para los interesados que en nénece «In the conjunctive, the aorist expresses conditional future, and the preterite expresses conditional past. In the narrative, the opposition is basically perfect v. plusperfect» (Salminen, *ibidem*).

nado aspecto *universal*, por ejemplo, en *ditau di-ja nama* ‘los leones comen carne’, significándose con ello que todos los leones de todos los tiempos de todo el mundo han comido, comen y comerán carne (Lombard, *Introduction...*, 141). No resulta así sin parangón el modelo griego para el que podría, pues, por analogía postularse que alguna preponderancia de verbos de contenido puntual hizo que el aspecto se escorara hacia el pretérito, no hacia el presente.

Empezando a cronometrar: importancia del pasado

En ese proceso de transformar antiguo léxico en nueva morfología, como de costumbre parecen haber tenido especial relevancia las operaciones basadas en respuestas binarias. Numerosas lenguas distinguen sólo dos tiempos y, aunque las gramáticas suelen definirlos con diversos nombres, la dicotomía más básica dae aparentemente entre lo que podríamos definir como pasado y no pasado, así, por ejemplo, en japonés —anterior y no anterior— (Majewicz, *Języki...*, 197) o en yoruba —pretérito y no pretérito— (Majewicz, *Języki...*, 197). También el harario tiene dos tiempos principales, pasado y no pasado, resultando que en antiguo harario el no pasado era la forma normal para el presente y el futuro en oraciones principales (Wagner, *The Semitic...*, 496). La situación es similar en sudetiópico exterior (Hetzron, *The Semitic...*, 544). También en mongol tendríamos una oposición básica entre pasado y no pasado (Campbell, *Concise...*, 347). Tal como el gótico, antiguamente las lenguas germánicas no debieron de poseer más que dos tiempos morfológicos, presente y pretérito, una vez que el futuro es claramente secundario; la misma situación encontramos en hitita. Si hablamos de temas morfológicos en vez de tiempos propiamente dichos, hay que recordar que el verbo latino se organizaba en torno a un tema de infecto (presente) y otro de perfecto (pasado), el verbo armenio en torno a uno de presente y otro de aoristo (pasado), o los verbos de las actuales lenguas iraníes en torno a uno de presente y otro de pasado. En protodravídico la oposición temporal básica estribaba entre pasado y no pasado (Steever, *The Dravidian...*, 23, 24), oposición que pervivió en muchas lenguas dravídicas, como el gadaba (Bhaskararao, *The Dravidian...*, 339), gondio (Steever, *The Dravidian...*, 285), antiguo tamil (Lehmann, *The Dravidian...*, 84), antiguo telugo (Ramanarasimhan, *The Dravidian...*, 196) o tulo (Bhat, *The Dravidian...*, 165).

Por obvios motivos al humano le resulta mucho más fácil precisar el tiempo si éste es pasado, un tiempo que psicológicamente se le presenta como algo ya fijo, inamovible, algo sujeto y que ya no se puede cambiar. Quizá tal consideración explique la etimología para ‘tiempo’ en algunas lenguas, un término que probablemente no debió de ser antiguo, ya que por lo general las correspondientes voces resultan ser creaciones propias de cada lengua, en cualquier caso la metáfora o al menos la imagen del tiempo como algo inamovible quedaría sugerida por el latín *tempus* y su probable relación con *temperāre* ‘templar’, parecidamente en lituano *laikas* se relaciona con pocas dudas con *laikýti* ‘(con)tener, mantener, tener, retener’, asimismo la raíz que encontramos en voces germánicas como antiguo nórdico *hvīla* ‘lugar de reposo’ o antiguo alto alemán *hwīla* (cf. también gótico *weila*) y aún reconocible en alemán *Weile* ‘rato’ o inglés *while* ‘rato’ sería la que vemos en

latín *quiēs* ‘calma’ o en el segundo componente de *tran-quiillus* ‘tranquilo’ (Krahe, *Lingüística...*, 88). Adicionalmente notaremos que el amplio uso de variadas metáforas para expresar la noción de ‘tiempo’ sugiere la dificultad de encontrar una expresión que no sea epidíctica para tal referente. El detalle aquí importante es que la percepción del tiempo como algo fijo es principalmente apropiada para el pasado, no para el presente ni para el futuro.

Así las cosas, parece lógico que la primera opción binaria se produjera entre lo que es pasado y lo que no lo es. Además esa primera y básica respuesta binaria se materializaría, como suele suceder, como una oposición formal entre un elemento no marcado y otro marcado. Dicho lo dicho, no puede sorprender que más de una vez el elemento no marcado resultara ser precisamente el pasado, máxime teniendo en cuenta su ya aludido frecuente origen aorístico, de modo que, al margen del imperativo —glotogónicamente sin duda el modo más interesante— en algunas lenguas el pasado y no el presente puede resultar ser el no marcado o (a)parecer como menos marcado que el presente. El pretérito del gaélico escocés consiste en la raíz más las marcas de personas, mientras que el presente es de origen perifrástico (Bednarczuk, *Języki...*, 681). En somalio «The tense is formed by adding the general past tense endings to the imperative form of the verb [...] Each verb tense and mood has its own stress-tone pattern, and the pattern for the general past tense in main clauses is no stress-tone on any of the vowels» (Orwin, *Colloquial...*, 17 s.). En limbu hay dos tiempos, pasado y no pasado, estando por lo general no marcado este último (Van Driem, *A Grammar of Limbu...*, 54). De modo general, por ejemplo, las lenguas urálicas²⁸ no presentan marca específica para el presente, y las lenguas semíticas, en cambio, para el pasado, lo que es claro indicio de que los respectivos tiempos heredaron una noción intemporal muy antigua y muy probablemente originaria. En todos los casos, como veremos, el futuro —*proxima diēs* ‘ayer’ antes que ‘mañana’— resulta cosa reciente.

Por último, la distinción entre lo inmediato y lo remoto —sobre todo para el pasado²⁹ pero a veces también para el futuro— es noción a la que aparentemente muchas lenguas conceden importancia, reflejándola de diversa manera, así, como anotara Von Humboldt (*Escritos...*, 81), «En el dialecto meridional de la lengua guaraní el sufijo *yma* del perfecto es pronunciado con mayor o menor lentitud según esté hablándose de un pasado remoto o de un pasado próximo», una noticia interesante por su evidente carácter ideofónico. En coreano según algunos (así Chang, *Korean...*, 119) cabría distinguir tres tiempos: presente, pasado y pasado-pasado. En nama frente a un presente y un futuro tendríamos un pretérito reciente y un pretérito remoto (Campbell, *Concise...*, 352). En turco «The complex *-DiydI* [...]

28. Verbigracia en morduano «The present-tense indicative could be said to be marked by double zero, -0- for indicative and -0- for present» (Zaicz, *The Uralic...*, 198), en protopermiano había «four non-compound tenses: present, past, perfect (= auditive, narrative) and future. The present was marked with zero» (Riese, *The Uralic...*, 271). En húngaro «The present-tense zero suffix has parallels in all Finno-Ugric languages» (Abondolo, *The Uralic...*, 449). En selcupio «The present tense has no special suffix» (Helimski, *The Uralic...*, 566).

29. Para grados de lo remoto en diversas lenguas, Bybee-Perkins-Pagliuca, *The Evolution...*, 98-104.

expresses a ‘mnemonic’ past, often implying something like ‘as far as I can remember’» (Csató-Johanson, *The Turkic...*, 215)..., etc.

La autonomía perdida o la morfologización

Antes que nada, ¿cuándo podemos hablar de morfologización? Como criterio objetivo consideramos verificada la morfologización cuando al menos un componente ha perdido su autonomía léxica, lo que es además morfológicamente reconocible por un proceso de erosión formal consistente básicamente en la sólita reducción por cliticización —con frecuencia con presencia de mayores y propios cambios fónicos³⁰— visible a su vez en la tendencia a la enclisis, a la fosilización formal o a la pérdida de toda flexión. Consideramos, por supuesto, verificada la morfologización aun cuando la etimología sea transparente, como en el caso de tantos futuros románicos formados sobre el a veces aún autónomo infinitivo (español *cantar-hé* pero *dir-hé* sobre *decir*) más el presente cliticizado del antiguo *habeo*, así en español *dir-hé* ‘diré’ o *dir-has* ‘dirás’, ya que *he* o *has* no funcionan autónomamente (no se dice, por ejemplo, *yo he un coche*). Por parecidas razones consideraremos *he hablado* o *habías hablado* verdaderos tiempos morfológicos, porque *he* o *habías* no se dan como formas autónomas en español, pero también consideraremos *j’ai parlé* ‘he hablado’ en francés un tiempo morfológico porque, aunque puédase decir *j’ai une voiture* ‘tengo un coche’, el antiguo participio ha perdido en la mayoría de los casos su capacidad para la flexión y la concordancia (*il a acheté une chose* ‘él ha comprado una cosa’, *nous avons acheté des livres* ‘hemos comprado libros’). Como es sabido, el mantenimiento o no de la libertad posicional es también un indicador del grado de fusión de los elementos (*diré* mantiene menos autonomía que *había*, en efecto, *dicho* o que el portugués *dir-me-as* ‘me dirás’). Así que puede haber diversos grados —o diversas fases en ese proceso— de morfologización. En estonio el participio pasado conformante los pretéritos compuestos se ha hecho invariable, mientras que en finés (aún) concuerda en número (Campbell, *Concise...*, 160). En alemán *pflegen* ‘soler’ es un verbo individual más y susceptible por su significado de emplearse auxiliariamente, pero en yidis *fleg(t)* no existe más que como auxiliar conformando así un modo de acción frecuentativo (Matras, *LingTyp*, 1999, 385). En védico el pasado podía aparecer sin aumento, en sánscrito, en cambio, el aumento en tales casos resulta ya preceptivo. En el habla coloquial del maratí el participio y el auxiliar que conforman el perifrástico presente continuo tienden a fundirse (Campbell, *Concise...*, 343). Naturalmente, en algunas lenguas conviven diversos grados de morfologización, en polaco el tipo más analítico *ja bym powiedział* ‘(yo) diría’ (masc.) aún se emplea junto al sintético *powiedziałbym*. En cambio, debemos considerar *voy a hablar* o locuciones afines y donde todos sus

30. Son cambios debidos a la gran frecuencia del uso de estas formas, lo que ha propiciado su mayor desgaste frente a formas léxicas de menor significado gramatical, aspecto este repetida y magistralmente tratado por Mańczak (véase, entre otros, las aplicaciones románicas, eslávicas y germánicas en *Le développement...*, *Słowiańska...* y *Frequensbedingter...*) al punto que cabría definir como *ley de Mańczak* el tal principio.

elementos mantengan su independencia (*voy al campo, hablar es bueno, voy finalmente a hablar...*) como una perífrasis temporal (o, en su caso, aspectual o modal). En un *tengo muy vista su cara* hablaremos de perífrasis y en un **tengo muy visto su cara* hablaríamos de tiempo compuesto.

La morfologización del léxico es, desde luego, expediente conocido desde antiguo. Ya, por ejemplo, Von Humboldt (*Escritos...* 80 s.) anotara que «En la lengua mbyá *daladi* significa ‘tu arrojarás’, *nilabuitete* ‘él ha hilado’; las letras iniciales *d* y *n* son las características del futuro y del perfecto. Esta conjugación efectuada mediante un único sonido parece, por tanto, exigir que se la califique de verdadera flexión. Sin embargo, es una pura afijación. Pues las características completas, que también siguen usándose realmente con frecuencia, de esos dos *tempora* son *quide* y *quine*, pero el *qui* es abandonado y el de *de* y el *ne* pierden su vocal final delante de otras vocales. *Quide* significa ‘tardío’, ‘venidero’, *co-quide* (*co* de *noco* ‘día’), ‘el atardecer’. *Quine* es una partícula que significa ‘y también’. «Es posible —concluía el sabio alemán— que las denominadas sílabas flexivas de nuestras lenguas deban su origen a algunas de tales abreviaciones de palabras en otro tiempo significativas». Pues bien, como directriz precisamente esto es lo que hay que asumir que sucede. Morfologizar, en suma, no es más que perder autonomía sintáctica y, casi consecuentemente, transparencia semántica.

El benjamín futuro ¿tiempo o modo?

Evidente que, entre los tiempos, el futuro es lo más reciente, lo más *novedoso*. La explicación de esta circunstancia no parece difícil: la idea del futuro es indudablemente la más subjetiva, la más lábil, y por ello tiende, mucho más que los otros dos tiempos básicos, a reciclarse. El futuro latino no ha pasado a las lenguas románicas, donde acabó siendo substituido por procedimientos perifrásticos tal como ahora el tipo *voy a* más infinitivo está conformando, al menos sin duda funcionalmente, un nuevo futuro inmediato en español.

Que el futuro debió de ser de modo general el *benjamín* de los tiempos se vería también en la implicación, al parecer, de carácter universalista según la cual «si una lengua tiene forma flexiva para el futuro, la tendrá para el pasado y para el presente: hay lenguas que tienen forma flexiva para el pasado y no para el futuro (inglés, vasco) y lenguas que sólo conocen la forma del presente (chino, vietnamita)» (Moreno, *Introducción...*, 144). Incluso en aquellas lenguas donde puede reconocerse una categoría temporal para el verbo, a veces el futuro no se presenta morfologizado, por ejemplo, en estonio, finés o lapón; de modo que ante la carencia de un futuro morfológico propio, muchas lenguas, como de inmediato veremos, recurren para la expresión del futuro a diversos procedimientos analíticos (por ejemplo, compuestos con ‘devenir, ir, querer...’). Dicho álitel: numerosas lenguas no han engendrado más que dos morfologías temporales, pasado y presente y no (aún) un tercer tiempo, el futuro. Históricamente podemos seguir la aparición del futuro morfologizado en lenguas como el tamil, donde el antiguo no pasado acabó entendiéndose como futuro al conformarse un presente de origen perifrástico en el tamil medio (Lehmann, *The Dravidian...*, 84). Parecidamente en algunas len-

guas célticas, como el escocés (Bednarczuk, *Języki...*, 681), galés (Bednarczuk, *Języki...*, 692) o manés (Bednarczuk, *Języki...*, 684), los antiguos presentes acabaron teniendo valor de futuros.

Por todo ello el futuro es tratado también —y diríase con lógica y prudencia— como un modo, no como un tiempo en no pocas lenguas, tratado, por ejemplo, como modo volitivo en coreano (Chang, *Korean...*, 119). Y ciertamente puesto que un buen número de lenguas presenta modos como los variamente denominados debitivo, desiderativo, inceptivo, necesitativo, optativo, volitivo..., a priori no hay objeciones semánticas al empleo de tan tentadora posibilidad; más bien al contrario.

En efecto, para la expresión de *tiempos* futuros resulta bastante usual el empleo de (derivaciones de las) nociones —normalmente verbos auxiliares en composición— como ‘devenir’ (alemán y para los futuros imperfectivos bálticos³¹ y la mayoría de eslavos³²), ‘ir (a)’ (acano, pipil; Campbell, *The Pipil...*, 67), ‘poder, ser permitido’ (lenguas germánicas en parte, lapón), ‘querer’ (lenguas germánicas en general y yidis, lapón, osetio, persa moderno, somalio, algunos dialectos franceses e italianos y, por otro lado, en albanés toscó, búlgaro, griego, rumano, serbocroata³³), ‘tener (que)’ (albanés³⁴, la mayoría de las lenguas latinas) e incluso ‘coger’ (húngaro) o ‘venir’ (retorromance). De modo que el futuro se caracteriza además por su expresión analítica en un gran número de lenguas³⁵.

Tiempo verbal, tiempo excepcionalmente nominal

De modo general, en cualquier caso, el tiempo resultó una categoría que, aunque no originaria, acabó siendo capital para el verbo en muchas lenguas, al punto de constituir en éstas una especie de tautología, una especie de señal de identidad, pues en casi todas las lenguas el tiempo quedó como una categoría exclusiva del verbo. Para entender por qué se produjo esa alianza natural entre verbo y tiempo podría ser útil el concepto de estabilidad temporal, ya que los diversos referentes «tend to be lexicalized according to their likelihood to persist through time. Temporally stable concepts (mountain) are lexicalized as nouns, whereas temporally unstable concepts (weep) are lexicalized as verbs» (Whaley, *Introduction...*, 292). Es decir, puesto que el verbo es el ámbito natural de referentes que indican acciones, estados o procesos temporalmente *inestables*, era perfectamente esperable que el tiempo se asociara a los verbos y no a los nombres, caracterizados por lo general por la mayor estabilidad temporal de sus referentes. Ya para Aristóteles (*poet.* 1457a): el verbo era una voz con significado según el tiempo (μετὰ χρόνου) especificando que mientras voces como *hombre* o *blanco* no indicaban cuándo (τὸ πότε), voces

31. Y también para el condicional lituano (Mańczak, *LingBalt* (1995), 113-7).

32. Se recordará la excepción constituida por el futuro imperfectivo ucraniano.

33. Circunstancia sin duda explicable como fenómeno de contacto (Sala, *Lenguas...*, 152).

34. Sobre todo guego, pero la construcción es también usada por dialectos considerados toscos (Sanz, *El Albanés...*, 98).

35. Rice (*LingTyp*, 1999, 387): «The future is therefore structurally clearly a volatile category».

como *anda* o *anduvo* indicaban adicionalmente el tiempo. Así en quechua, según Calvo (*Introducción...*, 45), «El verbo recibe como marcador estrictamente propio el tiempo, que es el flexema [sic] que lo distingue del nombre. Las demás manifestaciones accidentales como el número y la persona [...], el aspecto, etc. deberán tratarse conjuntamente, puesto que tienen mucho en común».

Sin embargo, no puede decirse que referentes tan *nominales* como ‘blanco’ o, sobre todo, ‘hombre’ sean inmunes a la acción del tiempo, de modo que tampoco puede sorprender que, según algunas descripciones, en determinadas lenguas no falten nombres (esto es, nombres no verbales como infinitivos o participios³⁶) con marca morfológica de tiempo, así se considera que el nombre guaraní puede presentarse en pasado con *-kue*: *mburuwixakue* ‘quien fue jefe, ex jefe’, o en futuro con *-ra*: *mburuwixara* ‘quien será jefe, jefable, jefando’ (Campbell, *Concise...*, 207).

Otra vez el indoeuropeo pudo ser un conjunto de hablas con una no tan nítida distinción entre nombre y verbo como tradicionalmente supuéstase, ya que no faltan indicios de inquietantes convergencias formales entre nombres y verbos en las lenguas indoeuropeas y además allí precisamente donde más podrían por analogía tipológica esperarse, así un sustantivo tan bien documentado como ‘noche’ —en latín *nox* (de **noktis*) o en lituano *naktis*— presenta prácticamente la misma forma que la III persona del presente hitita *nekuz(z)i* ‘anochece’, es decir un elemento *-ti-*, con la diferencia de la clásica desinencia *-s* típica de referentes considerados actantes. Sin embargo, mientras la primera serie es considerada nominal por integrarse en una declinación o paradigma nominal (lat. *noctis...*, lit. *naktiēs...*), la segunda es considerada verbo por integrarse en una conjugación o paradigma verbal (*nekuzzi* como *kuenzi* ‘golpea’). Dada la afinidad entre los nombres en *-ti-* (a veces ampliados con otros elementos, como verbigracia *-on-*) y las III personas cabe legítimamente preguntarse si los indoeuropeos no fueron tan listos como para aprovechar tal convergencia y derivar verbos de nombres o viceversa. De modo que la III persona podría haber constituido el natural desembarco de muchos nombres en el ámbito del verbo merced sobre todo a la asociación de la idea del tiempo a tales conceptos. Y no faltarían, como vemos, los esperables indicios morfológicos de tal proceso. Es conocido el hecho de que en muchas lenguas los verbos no presentan marca específica para la III persona (sobre todo en singular). Así de modo general en lituano y letón, donde además la III persona no distingue número, o en saámico, donde sólo hay dos tiempos simples (no compuestos) y «The first and second persons singular have the same personal endings in both tenses, and the third person has zero» (Sammallahti, *The Uralic...*, 75). En otro orden y como ulterior analogía —y en una lengua indoeuropea y, a más, latina— valdría el infinitivo personal en portugués (tipo *chegarmos* ‘nuestro llegar, nosotros llegamos’, *chegardes* ‘vuestro llegar, vosotros llegáis’).

Una consecuencia inevitable de la aplicación de lo expuesto hasta ahora es el siguiente razonamiento: es así que el tiempo es categoría reciente también en las len-

36. Pues cabría, por ejemplo, en latín considerar futuros a gerundivos (*laudandus* ‘quien será alabado’), participios denominados precisamente de futuro (*laudaturus* ‘quien va a alabar’) o en formaciones adjetivales como *-abilis* (*laudabilis* ‘quien sería alabado’).

guas indoeuropeas, es así que los referentes temporalmente inestables tienden a manifestarse como verbos y polarizan esta categoría, *ergo* es en principio previsible una escenografía pretérita con un verbo con menos tiempo, con un verbo menos polarizado, es decir, con un verbo menos *verbo* o, dicho de otro modo, con un verbo más cercano al nombre. Y como, dentro del nombre, lo más cercano al verbo, séase por su mayor propensión a ejercer de predicado, es el adjetivo, podemos esperar una cierta porosidad entre verbos y adjetivos indoeuropeos, y tanto mayor cuanto más antigua sea la fase reconstruida (cuanto menos noción del tiempo haya). Pues bien, ésta es precisamente la situación con la que nos encontramos, una situación que no puede sorprendernos, ya que también muchas lenguas presentan un inventario muy reducido —alrededor de una docena— de adjetivos. Así, encontramos gran limitación de adjetivos en arameo (Kaufman, *The Semitic...*, 124) o escasos sufijos adjetivales en navajo (Campbell, *Concise...*, 355). Muy pocas también son las raíces adjetivales en las lenguas bantúes (Campbell, *Concise...*, 53). Numerosas lenguas no presentan propiamente una categoría de adjetivos, como el nutca o el mohave (Whaley, *Introduction...*, 52, n. 1); habitualmente la función correspondiente al adjetivo vendría respresentada por verbos de carácter estativo en lenguas como el navajo (Campbell, *Concise...*, 356), somalio, sundanés o vietnamita. En tailandés el adjetivo se dejaría clasificar bien como una subclase verbal (Prasithrathsint, *LingTyp*, 2000, 251-71). También en chucoto los adjetivos se conjugarían como verbos (Moreno, *La Dignidad...*, 286). Pocas diferencias, desde luego, podrían señalarse para adjetivos y verbos en coreano, japonés o yoruba (según Malherbe, *Les langages...*, 285). En las lenguas semíticas resulta fundamental la oposición entre verbos activos y verbos estativos, oposición literalmente traducible a la existente entre verbos y adjetivos en las lenguas occidentales (Kaufman, *The Semitic...*, 125). Por último, las lenguas criollas, como de costumbre, resultan especialmente ilustrativas de los elementos primarios —y probablemente también primeros— de las lenguas. Si consideramos el inglés moderno un criollo indoeuropeo, como hemos defendido en otro lugar, quedaría mejor justificada su escasa distinción entre nombre y verbo³⁷.

Conviene además dejar sólidamente establecido que, por seguir sirviéndonos de términos de la gramática clásica, no son pocas las lenguas que no distinguen entre las, para nuestra concepción occidental, básicas categorías o, si se quiere, conceptos de nombre y verbo. Aunque una tal situación nos pueda parecer bizarra o grotesca, otra vez, como vemos, una situación similar pudo darse también en el pasado de nuestras lenguas indoeuropeas. La indistinción entre nombre y verbo es especialmente característica de las lenguas incorporantes, un hipótipo o subclase, en la opinión más extendida, de las lenguas aglutinantes, y cuyas oraciones más típicas y regulares serían, en la tradición de la gramática, traducidas o interpretadas como oraciones nominales o más precisamente como oraciones construidas con las formas nominales del verbo. Así en maya³⁸ sobre una locución

37. Moreno (*Introducción...*, 63): «Algo así ocurre, de modo más o menos general, en inglés donde sólo sabremos por el contexto sintáctico si una palabra es nombre o es verbo».

38. Análisis y ejemplos tomados de Raga, *Introducción...*, 24.

como *in hanal* ‘mi comida’ formaríamos enunciados como *tz’o’ok in hanal* ‘he comido’ siendo *tz’o’oke* traducible como ‘acabé’, *yaan in hanal* ‘tengo que comer’ con *yaan* ‘es obligatorio’, *k in hanal* ‘como’ con *k* proveniente de *lik* ‘es habitual’, *he’ in hanale’* ‘comeré’ con *he’* ‘es cierto’, pudiendo además aparecer formas como *samal* ‘mañana’ o *ma’* ‘no’ en enunciados parecidos, por lo que «cabe por lo menos plantearse si realmente hay en maya distinción entre nombres y verbos» (Raga, *Introducción...*, 24). Otros buenos ejemplos podrían ser proporcionados por el esquimal³⁹.

La idea que nos hizo humanos

Ciertamente desde muy antiguo el hombre sintió la idea del tiempo, de hecho podría decirse que la idea del tiempo —que es esencialmente la idea de la muerte— fue la que lo hizo hombre; por tanto, de alguna manera el concepto de ‘hombre’ no existe sin la idea del tiempo. La idea del tiempo, en efecto, no parece haber sido sentida por ningún otro primate. Aunque la monita Washoe, instruida en el lenguaje gestual de los sordomudos americanos, llegó a realizar el signo para ‘abrir’ en referencia a una puerta que no se veía por estar a bastantes metros de distancia, nunca, sin embargo, llegó a realizar los signos correspondientes a ‘abrir *mañana*’ o a ‘abrir *ayer*’; aparentemente nunca llegó a comprender el significado de tales *palabras*. Chimpancés y demás fauna parecen vivir sin reloj, carecer de la noción del tiempo. Quizá compensatoriamente carezcan también de algo tan dolorosamente humano como la noción de la muerte. En nuestro devenir, no obstante, esa dolorosa consciencia debió de emerger en algún *momento* y, como hemos visto, unos ‘aquí’ o ‘allí’ acabaron siendo entendidos como ‘ahora’ o ‘después’.

En todo este proceso la función del signo que estadísticamente resulta el componente mayoritario de las lenguas, la función del símbolo resultó probablemente capital. En la clasificación clásica de Ch. S. Peirce (1839-1914), entre los íconos, que remiten a un referente por similitud, los índices, que remiten a un referente por contigüidad, y símbolos, que remiten a un referente por convención, ya Jakobson creyó además poder establecer una relación:

ícono	similitud	pasado
índice	contigüidad	presente
símbolo	convención	futuro

pues se concebiría el ícono «como la imagen acabada de una experiencia ya pasada y el índice como ligado a la experiencia presente» (*Lingüística...*, 97), mientras que, parafraseando a Peirce (*My chef-d’oeuvre*), «El símbolo, que siempre está dotado de una significación común, se funda en una ley común: “Todo lo que es verdaderamente común se sitúa en el futuro indefinido, pues el pasado es un hecho

39. Malherbe (*Les langages...*, 228): «Il n’y a pas, à proprement parler, de verbes, mais des noms d’actions [...] “l’homme boit” se dira “le boire de l’homme”. “Boire” lui-même est le fait de “faire de l’eau”».

acabado. Una ley común no puede ser totalmente acabada. Es una potencialidad y su modo de existencia es el *esse in futuro*". El valor del símbolo, y especialmente del símbolo lingüístico, consiste en que "nos da la posibilidad de predecir el porvenir". La palabra y el futuro están indisolublemente unidos» (*Lingüística...*, 97). Y la palabra y el símbolo también. Y el símbolo y el futuro también.

Sin embargo, el proceso de materializar o, más concretamente, de categorizar una idea tan importante como la del tiempo fue aparentemente ardua. En efecto, para una mentalidad que al menos en cuestiones de tipo lingüístico tiende básicamente a operar con procedimientos binarios, la idea del tiempo debió de resultar compleja no sólo por la tendencia a conceptualarlo ternariamente: pasado, presente y futuro o por el comentado desequilibrio entre unos y otros, sino también porque de modo natural el tiempo se desdobra —esto es, se conceptúa binariamente— en el tiempo absoluto y el tiempo relativo, tiempos que en lo lingüístico se corresponden respectivamente con el tiempo de la enunciación y el tiempo del enunciado, pero tiempos que colisionan entre sí de diversa manera, sobre todo porque el tiempo del enunciado o relativo es reversible⁴⁰, pero el de la enunciación o absoluto no lo es. No cabe duda de que el tiempo relativo es también muy antiguo y debió de surgir espontáneamente al menos en narraciones y cuentos, una práctica antiquísima y muy común. Al respecto la común expresión 'érase y no se era'⁴¹ o afines empleada en tantos pueblos para iniciar sus cuentos y fábulas parece remitirnos a una época de mayor libertad para el narrador porque la lengua no presentaba aún tiempos ni modos y el narrador no se veía obligado a presentarse como garante de unos hechos de un tiempo que sólo podía ser y no ser pasado. Categorizar ambos conflictivos tiempos, el absoluto y el relativo, no fue cosa fácil ni quizá deseable. Pocas lenguas fueron tan lejos como el latín en su intento de representar ambas nociones: la del pasado-presente-futuro y la de anterior-simultáneo-posterior. En todos los casos uníase a estos desafíos la dificultad de hacer compatibles las básicas e inevitables nociones de aspecto, modo o modo de acción, nociones además eventualmente morfológicas. Era previsible que en tantas lenguas el verbo quedara constituido finalmente por una amalgama o enjambre de nociones cuya cabal y clara morfológica resultaba cada vez más difícil, ello (por fin) explicaría por qué continuamente tendieron y han tendido tanto a regenerarse recurriendo al cíclico expediente de la composición, a la formulación analítica.

La idea del tiempo en las sociedades primitivas

Aquel carácter reciente —reciente en términos macrohistóricos— del tiempo verbal podría también apuntarse desde la analogía con otras sociedades primitivas o, como algunos preferimos decir, hipotecnológicas, en concreto rastreando la expresión del tiempo verbal en las bandas de cazadores y recolectoras. Podría ser oportuno concluir, en este nuestro buscar lo antiguo y esencial, con un examen de la idea o

40. Para estas ideas véase Jakobson, *Lingüística...*, 78.

41. El *això era i no era* de los mallorquines (Jakobson, *Ensayos...*, 383) o el *hebû tune bâ* de los curdos.

la, si se quiere, percepción del tiempo en este marco social. En primer lugar debe inmediatamente decirse que al menos la valoración⁴² del tiempo parece muy distinta en las sociedades venatorias. «Si no aquí y ahora, ¿qué importa dónde y cuándo?», dicen los pigmeos⁴³. Fenómeno bastante común en la lengua de los cazadores y, al parecer, en la de las sociedades hipotecnológicas es, consecuentemente, la indicación léxica —no morfológica— del tiempo. Examinemos unos ejemplos.

En los bosquimanos duis encontramos «una extensa gama de adverbios de tiempo que funcionan como tiempos verbales» (Silberbauer, *Cazadores...*, 159) y una «relativa indiferencia [...] hacia un tiempo muy alejado del presente» (Silberbauer, *Cazadores...*, 165). Entre los bosquimanos chijunes (*!xūŋ*) no hay tiempo ni aspecto gramatical utilizándose en su lugar adverbios como ‘hace mucho, ayer, ahora, finalmente...’ (Dixon, *The rise...*, 119). El verbo navajo⁴⁴ no dispone de tiempo morfológico (según Bernárdez, *¿Qué son...*, 351 s.), en cambio sí hay marcas para notar específicamente muchos de los modos y aspectos con los cuales puede verificarse la acción, distinguiendo morfológicamente al menos una docena de aspectos: conativo, continuativo, distributivo, diversativo, durativo, momentáneo, repetitivo, reversivo, semelfactivo, semeliterativo, serial y transicional (Moreno, *La Dignidad...*, 108, n. 5). En aymara la expresión del tiempo es tan secundaria a la de lo que podríamos aquí llamar *evidencialidad*, que un hecho pasado no presenciado puede ser expresado de la misma forma que un hecho futuro (Bernárdez, *¿Qué son...*, 308). La posibilidad, en efecto, de relacionar la *categoría* de la evidencialidad (Dixon, *The Rise...*, 119-21; Moreno, *La Dignidad...*, 219 s.) con las sociedades de cazadores resulta enormemente atractiva.

Parece, pues, que en las sociedades hipotecnológicas y, en concreto, en las sociedades de tradición cinegética el aspecto verbal es mucho más común y está más desarrollado que el tiempo. Ello es congruente con la gran incidencia de la noción de la *apariencia* en otras, en términos de gramática clásica, categorías. Por tanto e inversamente, es tentador relacionar la mayor incidencia del tiempo verbal que encontramos en las lenguas de las sociedades agropecuarias con la mayor incidencia del tiempo en las actividades productivas propias de estas sociedades (siembra, germinación, floración, recolección; apareamiento, gestación, parto, crianza...). Congruentemente con ello en algunas lenguas lo temporal se asocia a lo atmosférico o climático; así el español *tiempo* incluye ambos significados, algo que en su entorno sólo encontramos en el ámbito céltico⁴⁵. Las lenguas indoeuropeas no presentan de hecho una palabra común para el concepto general de ‘tiem-

42. A título de inventario: en hausa *kwānā biyu* «though literally meaning *two days*, is most frequently used idiomatically to mean *a long time*» (Kraft-Kirk, *Hausa*, 216).

43. Cavalli, *¿Quiénes...*, 21. A título ilustrativo: cuenta Harrer (*Vengo...*, 250) que llevó hachas de acero a los papúas comentándoles que podían hacer lo mismo que sus hachas de piedra pero en la mitad de tiempo, argumento que resultó para ellos «absolutamente incomprensible. ¿Por qué ha de ocurrir algo con más rapidez de lo que ocurre? ¿A quién le beneficia eso?».

44. Aunque la sociedad de los navajos era ya agropecuaria cuando entraron por primera vez en contacto con los españoles, hay pocas dudas de su larguísimo pasado dedicado a la caza y pesca, como era —y siguió siendo— lo habitual para los demás pueblos atapascos.

45. Así, bretón *amzer* o irlandés *aimsir* (Moreno, *Diccionario...*, 194).

po' y muchas palabras pertenecientes a este campo semántico son en realidad hipónimos que además se dejan relacionar con fenómenos atmosféricos o con metonimias de éstos. La expresión latina *expectāre annum* (Tac. *Germ.* 14) 'esperar la cosecha' nos recuerda el probable sentido del latín *annus* 'año'⁴⁶; *aestas* 'verano' se relaciona evidentemente con *aestus* 'calor sofocante', *mēnsis* 'mes' (cf. griego ὁ μήν) con 'luna' como resulta más evidente en las formas lituanas *mėnuo* 'mes' y *mėnulis* 'luna', formalmente un diminutivo, o en la rusa *mesjac* a la vez 'luna' y 'mes'. Otros términos latinos de referencia temporal están simplemente tomados del griego como *hōra* 'hora' (gr. ὥρα) o *septimāna* 'semana' (gr. ἑβδομας).

En principio, pues, érase y no se era la luna y la distancia, el éste o el aquél, lo cumplido y cazado o la recolección por terminar, y sólo mucho más tarde tras muchas más tardes un entender como algo fijo e inamovible el pasado para comenzar a comprender —que no a aprehender— el tiempo, incluso el presente y después el por venir, y aprender que el tiempo es simplemente aquello que impide que todo suceda a la vez. Y así gradualmente proceder en un imperceptible viaje del léxico a la morfología, desde el demostrativo al morfema, del espacio al tiempo. Un viajar hasta el día, la hora y el minuto desde este preciso instante: la eternidad.

Bibliografía

Abreviaturas⁴⁷

Einführung... = REHDER, P. (ed.) (1991²). *Einführung in die slavischen Sprachen*. Darmstadt.
Języki = BEDNARCZUK, L. (red.). *Języki indoeuropejskie*. Varsovia, 1986 I, 1988 II.

The Dravidian... = STEEVER, S.B. (ed.) (1998). *The Dravidian Languages*. Londres-Nueva York.

The Semitic... = HETZRON, R. (ed.) (1997). *The Semitic Languages*. Londres-Nueva York.

The Turkic... = JOHANSON, L.; CSATÓ, E.Á. (eds.) (1998). *The Turkic Languages*. Londres-Nueva York.

The Uralic... = ABONDOLO, D. (ed.) (1998). *The Uralic Languages*. Londres-Nueva York.

Referencias

ABONDOLO, D. «Introduction». *The Uralic...*, 1-42.

— «Finnish». *The Uralic...*, 149-83.

— «Hungarian». *The Uralic...*, 428-56.

ALINEI, M. (2000). *Origini delle lingue d'Europa. II Continuità dal Mesolitico all'età del Ferro...* Florencia.

ANDERSON, S.R.; KEENAN, E.L. (1985). «Deixis». En SHOPEN, T. (ed.). *Language Typology and Syntactic Description*. Cambridge, II, 259-308.

ÁRPÁD, B. «Middle Kipchak». *The Turkic...*, 158-65.

— «Tatar and Bashkir». *The Turkic...*, 282-300.

46. Y también la probable relación con la diosa *Annōna* de la cosecha anual.

47. A fin de abreviar el aparato bibliográfico, en lo posible las referencias a otras lenguas se hacen remitiendo a obras generales o colectivas.

- «West Kipchak Languages». *The Turkic...*, 301-17.
- BEDNARCZUK, L. «Języki celtyckie». *Języki...*, 645-731.
- BERNÁRDEZ, E. (1999). *¿Qué son las lenguas?* Madrid.
- BHASKARARAO, P. «Gadaba». *The Dravidian...*, 328-55.
- BHAT, P. «Tulu». *The Dravidian...*, 158-77.
- BOESCHOTEN, H. «Uzbek». *The Turkic...*, 356-78.
- BOESCHOTEN, H.; VANDAMME, M. «Chaghatay». *The Turkic...*, 166-78.
- BYBEE, J. (1985). *Morphology. A Study of the Relation between Meaning and Form*. Amsterdam.
- BYBEE, J.L.; PERKINS, R.; PAGLIUCA, W. (1994). *The Evolution of Grammar. Tense, Aspect, and Modality in the Languages of the World*. Chicago-Londres.
- CALVO PÉREZ, J. (1995). *Introducción a la Lengua y Cultura Quechuas*. Valencia.
- CAMPBELL, G.L. (1995). *Concise Compendium of the World's Languages*. Londres-Nueva York.
- CAMPBELL, L. (1985). *The Pipil Language of El Salvador*. Berlín-Nueva York-Amsterdam.
- CAVALLI-SFORZA, F.; CAVALLI-SFORZA, L. (1999). *¿Quiénes somos? Historia de la diversidad humana*. Trad. J. Vivanco. Barcelona.
- CHANG, S.-K. (1996). *Korean*. Amsterdam-Filadelfia.
- CSATÓ, E.Á.; JOHANSON, L. «Turkish». *The Turkic...*, 203-35.
- DIXON, R.M.W. (1988). *A Grammar of Boumaa Fijian*. Chicago-Londres.
- (1997). *The Rise and Fall of Languages*. Cambridge.
- DIESSEL, H. (1999). «The Morphosyntax of Demonstratives in Synchrony and Diachrony». *Linguistic Typology*, 3, 1-49.
- ERDAL, M. «Old Turkic». *The Turkic...*, 138-57.
- ERNOUT, A. (1974³). *Morphologie historique du latin*. París.
- GERHARDT, D. «Das Elb- und Ostseeslavische». *Einführung...*, 103-10.
- GUTT, E.-A. «The Silte Group (East Gurage)». *The Semitic...*, 508-34.
- HAHN, R.F. «Uyghur». *The Turkic...*, 379-96.
- HARRER, H. (1976). *Vengo de la Edad de Piedra. Nieve Perpetua en las Junglas de los Mares del Sur*. Trad. M. Orta. Barcelona.
- HELIMSKI, E. «Selkup». *The Uralic...*, 548-79.
- HETZRON, R. «Preface». *The Semitic...*, xvi-xvii.
- «Outer South Ethiopic». *The Semitic...*, 535-49.
- JAKOBSON, R. (1981). *Lingüística poética, tiempo (Conversaciones con K. Pomorska)*. Trad. J.A. Argente. Barcelona.
- (1984). *Ensayos de lingüística general*. Trad. J.M. Pujol-J. Cabanes. Barcelona.
- JANHUNEN, J. «Samoyedic». *The Uralic...*, 457-79.
- JASTROW, O. «The Neo-Aramaic Languages». *The Semitic...*, 334-77.
- JOHANSON, L. «The Structure of Turkic». *The Turkic...*, 30-66.
- KAYE-J. ROSENHOUSE, A.S. «Arabic Dialects and Maltese». *The Semitic...*, 263-311.
- KAUFMAN, S.A. «Aramaic». *The Semitic...*, 114-30.
- KIRCHNER, M. «Kazakh and Karakalpak». *The Turkic...*, 318-32.
- KLAMER, M. (1998). *A Grammar of Kambara*. Berlín-Nueva York.
- KRAFT, C.H.; KIRK-GREENE, A.H.M. (1990). *Hausa*. Kent (= 1973).
- KRAHE, H. (1994²). *Lingüística germánica*. Trad. M.T. Zurdo. Madrid.
- KWEE, J.B. (1992). *Indonesian*. Kent (reimpr.).
- LEISS, E. (2000). *Artikel und Aspekt. Die grammatischen Muster von Definitheit*. Berlín-Nueva York.
- LEHMANN, Th. «Old Tamil». *The Dravidian...*, 75-99.

- LOMBARD, D.P. (VAN WYK, E.B.; MOKGOKONG, P.C., coll.) (1993³). *Introduction to the Grammar of Northern Sotho*. Pretoria.
- MACDONALD, L. (1990). *A Grammar of Tavya*. Berlín-Nueva York.
- MAJEWICZ, A.F. (1989). *Języki świata i ich klasyfikowanie*. Varsovia.
- MALHERBE, M. (1983). *Les langages de l'humanité. Une encyclopédie des 3000 langues parlées dans le monde*. París.
- MAŃCZAK, W. (1969). *Le développement phonétique des langues romanes et la fréquence*. Cracovia.
- (1977). *Słowiańska fonetyka historyczna a frekwencja*. Cracovia.
- (1987). *Frequenzbedingter unregelmässiger Lautwandel in den germanischen Sprachen*. Wrocław.
- (1995). «Origine de la I^e pers. sing. du conditionnel lituanien». *Linguistica Baltica*, 4, 113-7.
- (1995). «Origine de l'imparfait latin en *-bam*». *Eos*, 83, 109-13.
- (1998). «Le présent du verbe 'être' en indo-européen». *Studia Indogermanica Lodziensia*, 2, 83-91.
- MATRAS, Y. (1999). Rec. de THIEROFF, R.; BALLWEG, J. (eds.). *Tense System in European Languages* y THIEROFF, R. (ed.). *Tense System in European Languages II*, en *Linguistic Typology*, 3, 382-9.
- MORENO CABRERA, J.C. (1997). *Introducción a la Lingüística. Enfoque Tipológico y Universalista*. Madrid.
- (1998). *Diccionario de Lingüística Neológica y Multilingüe*. Madrid.
- (2000). *La Dignidad e Igualdad de las Lenguas. Crítica de la Discriminación Lingüística*. Madrid.
- ORWIN, M. (1995). *Colloquial Somali. A Complete Language Course*. Londres-Nueva York.
- PRASITHRATHSINT, A. (2000). «Adjectives as verbs in Thai». *Linguistic Typology*, 4, 251-71.
- RAGA GIMENO, F. (1995). *Introducción a la Lengua y Cultura Mayas (Maya Yucateco)*. Valencia.
- RAMANARASIMHAN, P. «Old Telugu». *The Dravidian...*, 181-201.
- RASTORGUEVA, V.S. (1992). *A Short Sketch of Tajik Grammar*. Indiana.
- RECZEK, J. «Języki irańskie i dardyjskie. Języki staro- i średnioirańskie». *Języki...*, 121-59.
- REFSING, K. (1986). *The Ainu Language. The Morphology and Syntax of the Shizunai Dialect*. Aarhus.
- REHDER, P. «Das Serbokroatische». *Einführung...*, 46-60.
- «Das Slovenische». *Einführung...*, 61-73.
- RICE, K. (1999). Rec. de FALTZ, L.M. *The Navajo Verb: A Grammar for Students and Scholars*. *Linguistic Typology*, 3, 393-400.
- RIESE, T. «Permian». *The Uralic...*, 249-75.
- SACHER, R.; PHAN, N. (1985). *Lehrbuch des Khmer*. Leipzig.
- SALA, M. (1998²). *Lenguas en Contacto*. Madrid.
- SALMINEN, T. «Nenets». *The Uralic...*, 516-47.
- SANZ LEDESMA, M. (1996). *El Albanés. Gramática, historia, textos*. Madrid.
- SAMMALLAHTI, P. «Saamic». *The Uralic...*, 43-95.
- SCHÖNIG, C. «Azerbaijani». *The Turkic...*, 248-60.
- SENF, G. (1986). *Kilivila. The Language of the Trobriand Islanders*. Berlín-Nueva York-Amsterdam.
- SILBERBAUER, G. (1983). *Cazadores del desierto. Cazadores y habitat en el desierto de Kalahari*. Trad. L. Porta. Barcelona.
- SKALMOWSKI, W. «Języki irańskie i dardyjskie. Języki nowoirański». *Języki...*, 161-215.

- STEEVER, S.B. «Introduction to the Dravidian Languages». *The Dravidian...*, 1-39.
- «Kannada». *The Dravidian...*, 129-57.
- «Gondi». *The Dravidian...*, 270-97.
- «Malto». *The Dravidian...*, 359-87.
- STEINER, R.C. «Ancient Hebrew». *The Semitic...*, 145-73.
- STEPHANY, U. (1985). *Aspekt, Tempus und Modalität. Zur Entwicklung der Verbalgrammatik in der neugriechischen Kindersprache*. Tübinga.
- VAN DRIEM, G. (1987). *A Grammar of Limbu*. Berlín-Nueva York-Amsterdam.
- (1993). *A Grammar of Dimu*. Berlín-Nueva York.
- VON HUMBOLDT, W. (1991). *Escritos sobre el Lenguaje*. Trad. A. Sánchez Pascual. Barcelona.
- WAGNER, E. «Harari». *The Semitic...*, 486-508.
- WHALEY, L.J. (1997). *Introduction to Typology. The Unity and Diversity of Language*. Thousands Oaks-Londres-N. Delhi.
- ZAJCZ, G. «Mordva». *The Uralic...*, 184-218.